



editorial**foc**

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-06-9

© Josemaria Camacho, 2013

© Editorial Foc S.L, 2013

Diseño de Cubierta: Sandra García

Imagine un pez

Josemaría Camacho

ÍNDICE

Usted, narrador

Manuscrito rechazado

Los huéspedes

Vera, quizás

Devolver al remitente

Antología de la incomodidad existencial

El retrato ha hablado

El último gran paisajista mexicano

Plaza Dealey

Detrás de los párpados

Inestable relato de terror

Este libro no existe sin usted. Se trata de usted. Lo escribió usted.

Usted, narrador

En algún momento se acabará el mundo. Habrá testigos. Al menos uno. Algún hombre será el último hombre. Piense en eso, en él, le quitará la sonrisa como me la quitó a mí, para siempre. Piense también en que quizás ese hombre será usted. Es posible. Y si no es usted será alguien más, pero será alguien. Quizás ese desdichado sobreviva algún tiempo solo, en medio de la hecatombe, y no podrá contar nada después. No habrá quien lo escuche.

Con el fin del mundo devendrá el fin del tiempo. Las historias cesarán. No estoy seguro si el silencio de las historias será la causa del fin de los tiempos o si será su principal consecuencia. Esa consideración, sin embargo, ya no tendrá importancia en aquel momento, como no la tiene ahora.

Yo no necesito imaginar a ese hombre. Puedo ser ese hombre. ¿Quiere ver que puedo? Pues mire, ya lo soy. No soy el autor hablándole, soy yo, el personaje principal, el narrador. Soy quien mis palabras dictan que sea. En este momento soy el último hombre sobre la faz de la Tierra. Usted no me conoce, pero no se preocupe. Siempre se ha dicho que a los personajes se les tiene que presentar poco a poco, pero que sólo adquieren profundidad cuando se les ha descrito cabalmente. Esto no significa, de ningún modo, que la descripción tenga que ser larga. Tampoco que tenga que versar sobre la apariencia del personaje. En este momento no importa cómo soy, el color de mis ojos, si llevo lentes o vello facial. Soy el último hombre sobre la Tierra. ¿En verdad se necesita una descripción más exacta? Si usted es capaz de imaginar al último hombre, su soledad, su desazón, su desesperación, entonces me ha comprendido bien, no necesita saber más de mí.

Manuscrito rechazado

El cuento empezaba de una manera poco convencional. Es cierto que en la actualidad escasos relatos de ficción mantienen un orden rígido y canónico. También es cierto que las alusiones a realidades extra, meta, para o antiliterarias son muy comunes en la narrativa contemporánea. El cuento al que me refiero, sin embargo, era más un amasijo de palabras que una historia escrita, aunque es justo decir que en la madeja podía encontrarse con facilidad un hilo conductor del cual tirar y la voz de un narrador medianamente estable y cuerdo. De cualquier forma, esos detalles de aptitud literaria de nada sirven si no hay una historia que contar. Y en un principio parecía no haber ninguna.

Los dos primeros párrafos se podían seguir con claridad, aunque aparentemente no aportaban demasiado al desarrollo de ningún argumento. La intención del autor era claramente levantar cierta expectativa sobre lo que iba a narrar después —a pesar de que apenas un poco más adelante podía intuirse que no habría de responder a la impaciencia de sus posibles lectores—, pero, a decir verdad, después de leerlos uno se quedaba con la impresión de que había navegado por un preludio demasiado gratuito y alargado, que se regodeaba en la reflexión sobre la historia en lugar de entrarle de lleno a contarla. Quizás el autor huía de la responsabilidad de los temas y, evidentemente, había descartado el valiente y famoso inicio *in media res*, que tanto se recomienda al escritor pretendidamente audaz.

En el tercer párrafo aparecía el personaje principal: un tal J., de quien no se decía casi nada salvo que estaba sentado frente a su computadora, que llevaba dos días sin meterse a la regadera y que cada tanto encendía un cigarro de forma mecánica, sin

despegar los ojos de la pantalla y encontrando a tientas la cajetilla y el encendedor. Eso era todo. El autor cortaba de tajo la austera descripción y continuaba jugando a ir de su historia a la reflexión sobre su historia y viceversa, una y otra vez.

¿Que si J. bebió dos cafés, leyó algún artículo en el diario, se levantó para ir al baño o pensó en alguna mujer? Eso yo no lo sé, y sospecho que tampoco el autor de aquel cuento lo supo alguna vez, porque de J. poco más se decía en las decenas de renglones que todavía quedaban por delante y en las hojas que estaban detrás, que no eran muchas.

Me parece que la amplitud de variantes interpretativas de las partes que constituyen un cuento es lo que ha permitido que se sigan escribiendo textos así. También que se les siga llamando *cuentos*. ¿Cuál es la mejor forma de comenzar a narrar una historia? ¿Debe haber personajes secundarios? ¿Es preciso que algunas subtramas compliquen el desarrollo lineal de los hechos? Peor aún, ¿debe haber hechos que narrar? Depende. La respuesta siempre depende de muchos factores. Pero el texto al que me refiero fue presentado en un taller literario. Ahí, entre las cuatro paredes, los cinco pares de oídos y el juicio absoluto de un escritor que pretende enseñar a escribir, las respuestas ya no dependen tanto de las circunstancias. Quizá por esa razón el texto se quedó en manuscrito.

El autor, por otro lado, parecía estar jugando con los lectores, parecía cuestionarlos. Y es que no es lo mismo escribir para lectores comunes que hacerlo exclusivamente para los ojos de otros autores. Dentro del desorden de sus palabras —de pronto pasaba de la historia de J. a mencionar a los lectores de su texto, mencionaba incluso al taller y al profesor— la redundancia y la pérdida del punto eran sus argumentos; la demostración de la fragilidad de los cánones literarios, de su

absolutamente subjetiva aprehensión de la objetividad y de su aparentemente bien formulada rigidez, sus objetivos.

Lo refiero así, tal y como lo leí. Yo estaba en ese taller, a mí nadie me contó lo que ahora cuento. El texto era una especie de anticuento: no tenía pies ni cabeza, no ofrecía una situación apreciable, ni desde el punto de vista literario, ni desde su consideración como una mera crónica.

Los huéspedes

Esa mujer que está sentada allá, en la esquina de la sala, es Margarite. Dice que es francesa pero creo que no sabe hablar francés. Lleva años aquí. Cada vez que llego a mi lugar favorito de la casa en las mañanas, a este grasiento y bofo sofá, ella ya está ahí, con un café en la mano y una revista de moda. Lo primero que noté cuando estuve aquí fueron sus piernas. Me hicieron pensar en un verano lento y hostil, en una caída por las dunas, en los ríos que serpentean lenguas en tierras aparentemente suaves. También noté su mirada, escurridiza como las noches de insomnio. Dedicué largos días a contemplarla. Luego ya no, luego me pareció menos atractiva. Simplemente no la entiendo, no logro descifrarla. Varias veces he tratado de entablar una conversación con ella, pero es muy parca. Apenas me contesta con monosílabos. A veces dice *oui*, otras veces sólo mueve la cabeza. Nunca la he escuchado hilar más de tres frases, pero parece que es feliz así, en silencio, hojeando distraídamente las páginas de fotos y publicidad de sus revistas. Al menos se ve tranquila. Vaya usted a saber qué pasa por su cabeza todos los días desde la mañana hasta ya entrada la noche, cuando se retira a su habitación. Y qué pensará en su habitación. He convivido más tiempo con ella en esta casa que con cualquiera de mis familiares. Y aun así no puedo decir que la conozco. Desde hace más de seis meses que no le dirijo la palabra. Vamos, ni la mirada. Me resulta aberrante que alguien en su situación, es decir, estando obligada a pasar su vida en un sitio con tantas otras personas, se aísle de esa manera.

En fin. Mejor le cuento de otros más. Está él, ese que ve detrás de la barra. Es el cocinero de la casa. Se dice que hay grandes proyectos para él, pero hasta ahora no ha sucedido nada. Sólo una vez lo llamaron para entrar en acción, una voz le dijo que

saliera por la puerta azul, esa que casi siempre está cerrada, pero regresó a la media hora, visiblemente cansado y con el uniforme lleno de sangre o de salsa de tomate. No quiso decirnos qué había ocurrido. Después de ese momento decidió marcharse a su recámara en la tercera planta y encerrarse. Al otro día bajó las escaleras como si nada hubiera sucedido, tan amable como siempre, risueño y a veces hasta cantarín. Quizás en realidad no ocurrió nada con él. Quizás ocurrió algo muy grave, pero no le aseguro a usted que pueda averiguar nada. Es más, le recomendaría que no indague por ahí porque Alfredo es un tipo de carácter fuerte, ¿me entiende? No vaya ser que lo saque de sus casillas y teniendo tantos cuchillos a mano...

No crea que estoy exagerando. Mire, déjeme decirle algo para que se vaya acostumbrando a las rarezas. En este lugar no hay nadie común. Deduzco que la gente común que quiso entrar (o que quisieron traer), a juzgar por lo que encontré aquí dentro, se quedó afuera o habita una casa diferente. Podría asegurarle que el principal requisito —si no el único— que hay que cubrir para poder ingresar es justamente ese, la extravagancia. Es lo único que todos tenemos en común. Además, cuánto más extraño e impredecible resulte alguno de los habitantes las posibilidades para ser tomado en cuenta en algún proyecto aumentan. De verdad, es así. También importa el aspecto, claro, pero lo fundamental es tener una psique medio retorcida, un pasado improbable, un talento notable o, al menos, una mente aguda o enferma.

Un consejo: en sus andanzas por esta casa, durante el tiempo que decidan dejarle deambular por aquí, cada vez que usted se encuentre con alguien que le parezca normal, dude, dude mucho, tome sus precauciones. Así lo hacemos entre nosotros también. No es casualidad que Margarite se haya acorazado de esa forma tras su silencio. Tampoco que la gente respete tanto a Alfredo, el cocinero. Cuánto más común parezca la persona

que tiene enfrente, más posibilidades hay de que sea impredecible, se lo aseguro.

Devolver al remitente

No estoy seguro si detrás de esa puerta hay una multitud que espera a que yo entre para aplaudir, un par de policías, una mujer desquiciada con un cuchillo, o un portal a otro universo. Podría ser cualquier cosa. Por eso estoy tan nervioso.

Pero primero tengo que contarte lo que me ha sucedido antes. Prometo brevedad, quizá tienes prisa. Aquí en Madrid todos tienen prisa. Discúlpame por arrebatarte de tus labores cotidianas. Comprenderás, por cómo me encontraste —con las manos sudorosas, los ojos desorbitados, el aliento perdido—, que estoy asustado y necesito ayuda. Quizás física, quizás sólo mental. Quiero que me ayudes a corroborar la realidad de todo esto. ¿Tienes diez minutos? ¿Puedes tomarte un descanso breve? ¿Harías eso por mí? Gracias, muchas gracias.

Voy al grano, pero siéntate un momento, ¿quieres? Sí, ahí está bien. Verás, yo vivo en Barcelona, cerca del barrio de Gràcia en la calle Mossèn Xiró. Todos los días, desde el balcón de la tercera planta, veía pasar a la cartera. Era una joven preciosa pero no voy a perder tiempo describiéndola, me vas a tener que creer. Al menos para mí era preciosa, que es lo importante. Imagínatela con la cara que quieras, con los senos grandes o las piernas largas, no importa: pero que sea preciosa para ti. ¿Ya? Bien. Pues ella venía a diario. Primero la seguía con la mirada de lejos y luego, cuando aprendí a verla llegar, cuando calculé el tiempo que tardaba entre doblar la esquina y llegar al portón de mi edificio, comencé a cruzarme *azarosamente* con ella en el lobby. No quería quedarme como tantas otras veces con las ganas de hablarle a una chica linda. *Bon dia* y sonrisas varias fueron lo único que me atreví a entregarle las primeras tres o cuatro veces que la vi de cerca. Ella, en cambio, no me entregó nada. Yo casi no recibía

correo. Apenas llevaba un par de meses viviendo en Barcelona: no había trabado una buena relación con nadie y aún no me extrañaba nadie en México DF, mi ciudad natal. Estaba en el momento más difícil del tránsito, cuando ya no estás allá y todavía no estás acá, ¿me entiendes?

En fin. Pasadas dos semanas empecé a preguntarle, casi todos los días, si había correo para mí, con la intención de que nuestra plática se alargara cada vez un poco más. Diariamente fingía que salía hacia la oficina a la misma hora. En realidad sólo daba una vuelta por el barrio y volvía a encerrarme en casa. Su puntualidad ayudó a que nuestros encuentros no parecieran continuamente fortuitos, sino sólo una vez fortuitos. Me explico: si todos los días hubiera pasado por el edificio a horarios distintos cada uno de nuestros encuentros hubiera sido una coincidencia aislada, demasiado improbable como para suceder a diario. Pero como pasaba siempre a las diez con quince, parecía que nuestros horarios (para repartir y para salir a la oficina, respectivamente) eran similares, lo cual disfrazaba la situación como si fuera una sola coincidencia creíble y no ya muchos continuos e inverosímiles *encuentros azarosos*.

El retrato ha hablado

Desde la primera línea el autor soltaba un chiste. Me pareció arriesgado, muy arriesgado. El humor de los novelistas es a veces bastante malo, demasiado ingenuo. ¿Qué opina usted? Comenzar una novela con un chiste. La primera frase es algo así como la clave al principio de un pentagrama, dijo no sé quién. Condiciona el tono en el que estará todo lo demás. Y creo que en cierta forma tenía razón. Y además hay que tener en cuenta que los parámetros que conforman el canon de *lo gracioso* cambian según la región en la que uno se encuentra. Sobre todo en América. Un ejemplo: yo tengo un amigo peruano que se ríe de las cosas más extrañas y que, ante lo que yo considero derroches absolutos de ingenio, él no es capaz de mostrar ni una sonrisa desangelada. Por supuesto, este amigo es escritor y, cuando le toca a él decir alguna broma —sea un chiste aprendido o más bien una frase espontánea—, fracasa rotundamente. No sólo ante mí, sino ante cualquier otro que esté con nosotros y aun ante los que no están con nosotros pero que se encuentran cerca, también ellos permanecen serios aunque hayan escuchado el cuento entero con aire distraído. Todo esto, claro, a menos de que estemos en Perú. Entonces el imbécil soy yo, que no ha encontrado gracia en aquello que tiene a todo el bar soltando carcajadas.

Pero déjeme volver a este autor de quien yo sabía únicamente que era colombiano y que se atrevía a soltar un juego de palabras en la primera línea del libro. Lo cito: «*Por esa época la vida no me sonreía. Más bien hacía muecas, como si algo le provocara risa nerviosa*».

Me pareció muy gracioso, aunque tampoco, a mi vez, supe si yo estaba sonriendo de verdad o si aquello que me invadía el rostro era también una mueca de risa

nerviosa, un protocolo maxilar que prologaba un estornudo fallido o el improbable comienzo de un crónico tic de lectura.

Por mi parte, he de decir, trato de no informarme mucho acerca de los libros que elijo leer. Normalmente llegan a mí envueltos en una recomendación que tampoco escucho muy a fondo. Me quedo con el título y el autor, la sonrisa de mi amigo, de mi amiga, de mi maestro o del crítico. Pienso en el beisbol cuando, justo después de recomendarlo, se entusiasman y comienzan a contar la trama, algunos detalles sobre los personajes, las frases más memorables... No los escucho ya, aunque les sonrío. Prefiero descubrirlo todo yo, palabra a palabra.

Llámeme ingenuo, maniático, metódico. O no me llame de ninguna forma. Lo que sucede es que considero que el autor ocupa un buen tiempo en revisar que sus textos tengan la carga de información suficiente en cada párrafo, el ritmo desenvolvente de un buen *striptease*, como para que alguien llegue con información de más y eche todo a perder con suposiciones, interpretaciones o predicciones acertadas. Quiero decir, conocer de antemano la trama, el perfil de algún personaje, el final, el planteamiento, el clímax o alguna frase importante del texto, significa traicionar al autor. Es parecido a pedir el mejor plato del mejor restaurante del país y ponerle sal, pimienta y salsa antes de probarlo. Más adelante, por si fuera poco, espetarle a los amigos o a otros posibles comensales nuestra opinión, formada a partir de algo que no fue nunca lo que el chef intentó. Pero ya, me concentraré. Trataré de seguir de frente a lo que quiero contar.



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en

www.editorialfoc.me